

Director: ARTURO AZCUBENA

SEMANARIO FESTIVO
2.ª EPOCA

GALERÍA CÓMICA

FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES
EL HOMBRE DEL DÍA



Saliéndose de su norma
dió ejemplo, cosa especial,
de candidez sin igual,
pues que pidió... ¡la reforma
de la ley electoral!

AÑO II
N.º 70
Junio 30 de 1895
PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO Y DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR

Los mismos precios, en moneda equiva.
lente, con el aumento del franqueo.
Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 40 centesimos

• DEVENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS •
• SE PUBLICA LOS DOMINGOS •
Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

SUMARIO

TEXTO.—«Zig-Zag», por Arturo A. Giménez.—«Tres Amores», por A. Llanos.—«Cosas», por X.—«Para Ellas», por Alina Doré.—«Teatros», por Re-Bemol.—«Entre dos Fuerzas», (Novela), por Arturo A. Giménez.—«Menudencias».—«Correspondencia Particular».—Avisos.

GRABADOS.—«Galería Cómica», (Fotografías sin retoques): El hombre del día, por Wimplaine.—«La gracia ajena», (Modismos Pelotaris), por Melitón González.—«Para Ellas»: (Dolce), por Aurelio Giménez.—«Dragoneando».—«Él», por Wimplaine II.—«Teatros», Virginia Reiter—Carmen Pastor.—Y varios intercalados en el texto y avisos, por Aurelio Giménez.



Ah! señores, como desgraciadas, son desgraciadas las narices!

Es el órgano más desheredado de todos los órganos del individuo. Y sin embargo ¿quieren ustedes citarme uno de más importancia? Porque, vamos á ver, ¿qué sería de Don Clodomiro, pongo por caso, sin narices? ¿De dónde, con qué sustituiría ese maravilloso olfato político que le ha dado tanta fama y tantas gangas?

Ustedes extrañarán que empiece una crónica hablando de tales cosas.

Pero ¿qué quieren ustedes? He de ocuparme de cosas de actualidad y las narices son hoy la actualidad más dolorosa de todas las actualidades.

Por el frío.

Es llegar el invierno y ensañarse el frío con las narices de un modo cruel.

¡Y cuánta compasión, cuánta tristeza inspira al alma una nariz que ha venido á menos, transformándose misteriosamente en una albóndiga resfriada!

Porque estos efectos produce el frío en los apéndices nasales de ciertas gentes delicadas, y no es exagerar. En días crudos es común ver individuos con la nariz poseída del furor del rojo, ostentando en ella toda la desesperación del granate.

A algunos se les ablanda, llegada ya al colmo del desaliento, y cae, flácida, lánguida, triste, como una flor herida que se inclina sobre su tallo.

—Sí, me decía un mártir. Salir al frío y ponérsese la nariz de tal modo, que no parece sino que llevo pendiente de ahí un bife mal cocido, todo es uno.

—No tomará usted medidas...

—Se me pone inconmesurable!

—No hombre, medidas precaucionales.

—Sí que las he tomado; antes me la rellenaba con algodones, para que no se me cayera así de esta manera tan indecente. Pero al hablar no parecía sino que me hubieran metido dentro de cada orificio á Floro Costa. Y luego, que un día estando de visita

en cierta casa, fui á estornudar, y no fué susto el que di á los presentes.

—Muy estrepitoso el estornudo.

—Nó; que saltaron los algodones y todos dieron en decir que estaba echando los sesos por las narices.

¡Cuando les digo á ustedes que todo esto es lamentable!

Hay quien de pronto se figura que lleva delante un témpano ruborizado, y quien está convencido de que Dios le ha favorecido con una hortaliza *glacée*.

Esto de las hortalizas es lo más común. Desde el modesto tomate y la vulgar zanahoria, hasta la hermosa remolacha, toda una vejetación comestible germina abundante en ciertos rostros.

Conozco una familia, corta de vista toda ella, que, mirada de pronto, en conjunto, parece una ensalada con lentes.

Lo que padecerá esa gente con el frío, me lo figuro yo.

Un sujeto que conozco,—me decía cierto señor,—don Lluvioso López, entra todas las tardes en su casa, desesperado, y bramando:

—Vamos, mujer; pronto, las frotaciones, que traigo el Polo Norte en la nariz.

Y allá se echa la mujer á restregársela con un pedazo de felpudo.

—¡Qué bárbara! Le hará sangre.

—No; le hace un estrago.

—¿Y él soporta eso?...

Él, poseído de una verdadera voracidad frotófoba, chilla, loco de placer: «Más, más, fuerte!» hasta que ella, asustada, le dice: «Por Dios, Lluvioso, que te va á quedar la nariz hecha una llaga viva!»

—¿Y él?

—Eh...—contesta.—Déjala no más, que no estará mucho tiempo viva. Porque en cuanto salga á la calle, el frío la mata.

En cambio, un conocido mío, don Alberto Gangrena, no se toca la nariz en estos días, aunque se le ponga como un sorbete mal hecho; y, así, en libertad, la nariz empieza á ponerse roja, como si le hubieran dado de puñetazos en ella; luego, se reviste de cierto color azulado, y por último le queda morada, morada por completo, hermosísima.

Y así el otro día, un amigo suyo que es muy bárbaro y muy tuerto, le decía al verle entrar con su morado apéndice.

¡Don Albertc! Pero ¿creerá que me había figurado que traía usted un obispo en el rostro?!

Según *El Nacional*, el señor Javier A. Riestra al tratar de acomodar el marco de un cuadro que casualmente rompió un hijito suyo se encontró con veinticinco billetes de á diez pesos que allí había escondido, á lo que dicho señor cree, su abuelo.

Me figuró la gente que se vá á dedicar á eso de romper cuadros, una vez sabido esto.

Sin ir más lejos, un conocido mío está yá siendo víctima de la noticia.

—Yo no sé para qué dicen los diarios esas cosas—me decía el pobre hombre. Mi cuñado, que es algo tonto se ha dado á buscar tesoros, y como por casualidad, se le rompen todos los cuadros entre las manos. Primero fué el retrato de Idiarte Borda, que golpeó contra mi suegro, dejándolo sin cabeza.

—¡Qué bárbaro! ¡Es atroz! ¡Un suegro descabezado!

—Nó hombre, nó; el que quedó sin cabeza fué Idiarte Borda!

—¡Ah! Quedaría más parecido ¿eh?

—Déjese usted de bromas; Luego, le hizo un atroz agujero á mi mujer... Al retrato de mí mujer; en seguida descuajeringó á Julio Herrera, y, por último, la emprendió conmigo y me sacó todos los pelos.

—Pero ese jóven es un salvaje!

—Todo eso en los cuadros, se entiende.

—Vaya una ocurrencia!

—Buscando tesoros, por el método del señor Riestra.

—¿Y encontró algó?

—Se enconiró un par de trompadas que le pegué yo, mientras rajaba á Sarah Bernardth.

Todos los diarios se hacen lenguas de las barbaridades (según ellos) que está cometiendo el Coronel Gerona.

Esto no es extraño, tratándose de funcionarios públicos de nuestro país. Y si no, ahí está Idiarte Borda que no ha hecho otra cosa en su vida.

Pero, la verdad es que no porque el Coro-

nel Gerona envíe á los cuarteles, quieras que nó, á cuanto ser humano pilla, ha de atacársele tanto.

—¡Qué diablos! se dirá él. Si á todo el mundo desde chico le gusta ser militar! Pues ahora que pueden serlo, ¡pobres! que aprovechen. Y los manda de voluntarios.

—Y es cierto, me decía un papá. Mi muchacho es loco por la milicia. Admira y junta los *cabos* de vela; está á punto de enamorarse del *teniente* cura de la Matriz; conserva religiosamente un retrato, ó cosa así del *capitán* Viruta aquel... usted recordará; vá únicamente á misa *mayor*, los domingos; y se lee íntegro el índice *general*, de todos los libros que pilla.

—¡Ya es afición!

—Sí; y es llegar mi compadre, y apoderarse de un sombrero muy peludo que tiene y entregarse sobre él á variados ejercicios de toque de tambor.

—¿Y el compadre qué dice de esto?

—No dice absolutamente nada.

—¡Qué hombre bondadoso! ¿No dice nada?

—Nó; pero anteayer al oír el primer redoble le soltó al chico una patada que por poco lo desencuaderna.

Procedimiento que recomendamos á los voluntarios de Gerona.

—¿Has leído en *La Tribuna Popular* el artículo del doctor Floro Costa?

—Sí.

—Ese, en que habla de la *trompa épica* del doctor Martin Aguirre?

—¿Y qué te parece? ¿Lo desafiará el doctor Aguirre?

—¡Hombre! ¿Por qué?

—Pues! por lo de la *trompa épica*! ¿Te parece que puede decirle más claramente *trompudo*?

ARTURO A. GIMÉNEZ.



TRES AMORES

1893

—Juan, estoy enamorado de una mujer....

—Lo comprendo.

—De una mujer hechicera por su virtud y su ingenio.

—¿Y es linda?

—¡Vaya si es linda!

¡Y muy elegante! Pero

lo que en ella me seduce sobre todo, es el talento.

¡Cuánto sabe! ¡Cómo escribe!

¡Cómo expresa! ¡Qué modelo!

¡No puede hallarse en el mundo un tesoro más completo.

¡Ay, Juan! ¡Soy hombre perdido!

¡Mi mal no tiene remedio!

—¿De veras, Pedro?

—De veras.

—¿Vas á casarte?

—Al momento

si quiere darme su mano;

si no me la dá, me muero.

—¿Tanto vale tu adorada?

—No tiene ningún defecto

¿Ninguno? ¿Será posible?

—Si lo tiene, no lo veo

—Entonces, no desesperes

y deja correr el tiempo.



1894

—¡Pedro!

—¡Juan! ¿Qué es de tu vida?

—Pasando. ¿Y tú?

—¡Muy contento

—Te casaste con aquella

tan sabia?
 —Sigo soltero
 —¿Aquel amor?
 —Pasó pronto:
 Sin duda yo estaba ciego.
 En resumen no era bella
 ni mujer de mucho seso.
 Ahora sí que no me engaño.
 ¡Si vieras qué novia tengo!
 ¡Qué sublime! ¡Qué admirable!
 —¡Mucho elogias su hermosura!
 Pintamela.

—Yo no puedo describirla. ¡No hay palabras que la expresen con acierto! Busca una estatua asombrosa, prodigio del arte griego, maravilla de los ojos, desesperación del genio, roba la vida á los dioses cual la robó Prometeo, para dar calor y sangre á tan mágico portento; encierra en ambas pupilas los resplandores del cielo, y un girón del horizonte más azul y más severo, y aún no tendrás ni la sombra del acabado y perfecto trasunto de la criatura, que me ha elegido por dueño!
 —Es decir que ya te casas.
 —En seguida; solo espero que se arreglen los papeles....
 ¡Soy más feliz!

—Yo celebro que tu futura no tenga ni el más mínimo defecto.
 —¡Qué ha de tener! ¡Ni pensar! Ni uno siquiera le encuentrol
 —Entonces no te apresures y deja correr el tiempo.



1895

—¡Hola Juan!
 —¿Ya te casaste?
 —Hombre, no.
 —Pues ¿qué se hicieron tus propósitos, tu novia, tu entusiasmo.
 —Te confieso que me equivoqué al juzgarla. Aquel amor... era un sueño, una ilusión.
 —¿Y ahora duermes?
 —Ahora ya estoy en lo cierto y aunque no hablo de casarme con ella, ni lo deseo...
 —¿Quién es ella?
 —Una rubilla; una tal Juana Cisneros.
 —¿También perfecta?
 —No tanto; es regular; no congenio con ella; tiene un carácter.... Y es bizca, y de poco pelo. Mas á pesar de sus faltas me parece que la quiero.
 —Entonces no te apresures. Y....
 —Ahora no hay peligro, ¡Cierto!

Total: á los ocho días Juana se casó con Pedro.

A. LLANOS.

COSAS

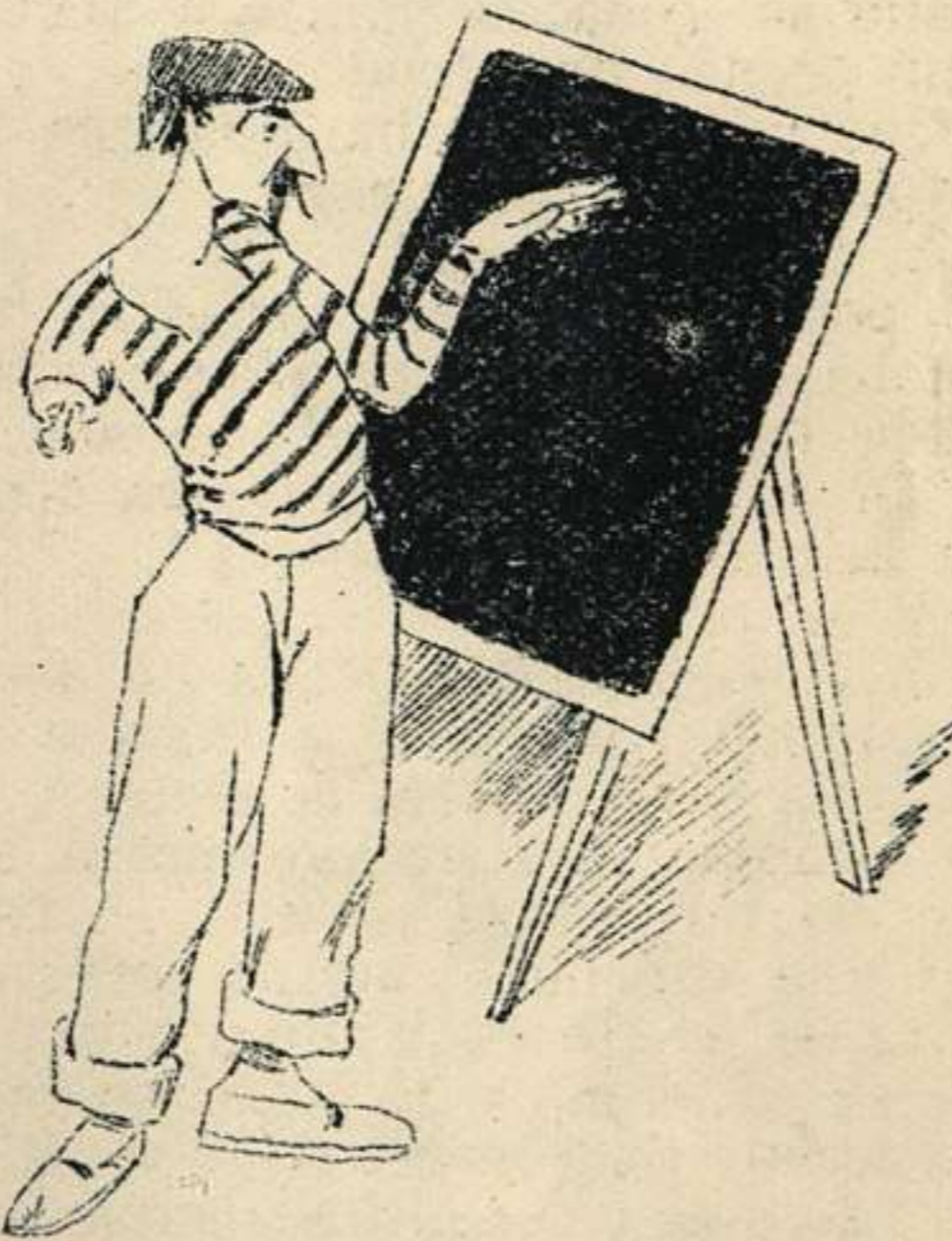
¿Cuál es el colmo de un mozo de cordel?
 —Atar un bulto con las cuerdas vocales.
 ¿El de un cirujano?
 —Cortar por lo sano.
 ¿El de un matemático?
 —Multiplicar su raza ó su linaje
 ¿El de un nadador?
 —Ahogarse en un mar de lágrimas.
 ¿El de un diputado?
 —Enflaquecer con la dieta.

LA GRACIA AJENA

Modismos pelotaris, por MELITÓN GONZÁLEZ



Hay que ver, señores, cómo saca Portal.



Y cómo resta el Manco.



Sin embargo, donde entra el toque de Eli-
cegui.



Vaya, vaya; que Cosme devuelve cuanto hay que devolver.



¿Y dónde se deja usted las pasadas de Tandilero?



Lo que no puedo soportar es que se permita jugar sucio.

PARA ELLAS

LOS ESTUDIOS FOTOGRAFICOS

II
EL DE DOLCE

¿Quién, de entre ustedes, benévolas lectoras, no conoce á Dolce, á Dolce l'artista, á quel artistone ch'e Dolce?

Porque hay dos Dolce ¿eh? Y bien distintos ¡vaya si son distintos! Uno es el artista, el que mira el retrato á través del lente estético, siempre reflejando en su pupila soñadora los clásicos contornos de las Vénus de Milo. L'altro, il fratello... questo e il commerciante! como dice él con tono fastidiado; ese es el que ve el retrato á través del lente pálido, frío, que semeja á una moneda de á peso

Dolce posee, él lo dice, un alma sensible á todo lo bello. Los bigotes retorcidos, peinados con especial cuidado; el rostro luciente, afeitado siempre con exquisita prolijidad, denotando una feroz persecución de la navaja contra la barba; el pelo echado atrás, despejando la amplia frente que un destello genial ilumina, lo corona condal en la correcta corbata, la expresión distraída de su cara lánguida apesar de la abundante carne, todo esto ¿no revela enseguida, á prima facie, al artista á penas comprendido por su generación?

Y tal se manifiesta Dolce en sus obras. Sus retratos, todas ustedes los conocen, casi todas están reproducidas en ellos, son vigorosos, enérgicos. Un violento golpe de luz rozando el perfil, fuertemente marcado sobre el fondo negro. Una mancha de sombra que lucha, detenida rudamente por el blanco... Rembrandt en fotografía. Ecco l'opera!

Y los hay bellos, no cabe duda, á pesar de que en ellos el artista no vacila en sacrificar la variedad y la originalidad, y hasta el parecido, á su estilo, propio, artístico, suyo, en fin!

Porque es lo que ocurre; tantos ojos bajos,



DRACONEANDO

Caricaturas



De Julio en el palco, así, la vieron ¡pérfida! oyendo lo que Abella iba diciendo para conseguir el sí.

Que era esto:

—¡Escucha, Gregoria mía! Di que sí, y cese mi afán; deja, deja al pobre Juan! —Si él es...

—¡Una porquería!

Vente, vente con nosotros. Mangiaras bien en tu puesto. Julio y Charpentí harán esto. ¡No hagas caso de los otros! Y ella, sonriendo coqueta contestaba: —¡No me mates, Eugenio! ¡Ay Dios, qué combates por seguir la línea reta!

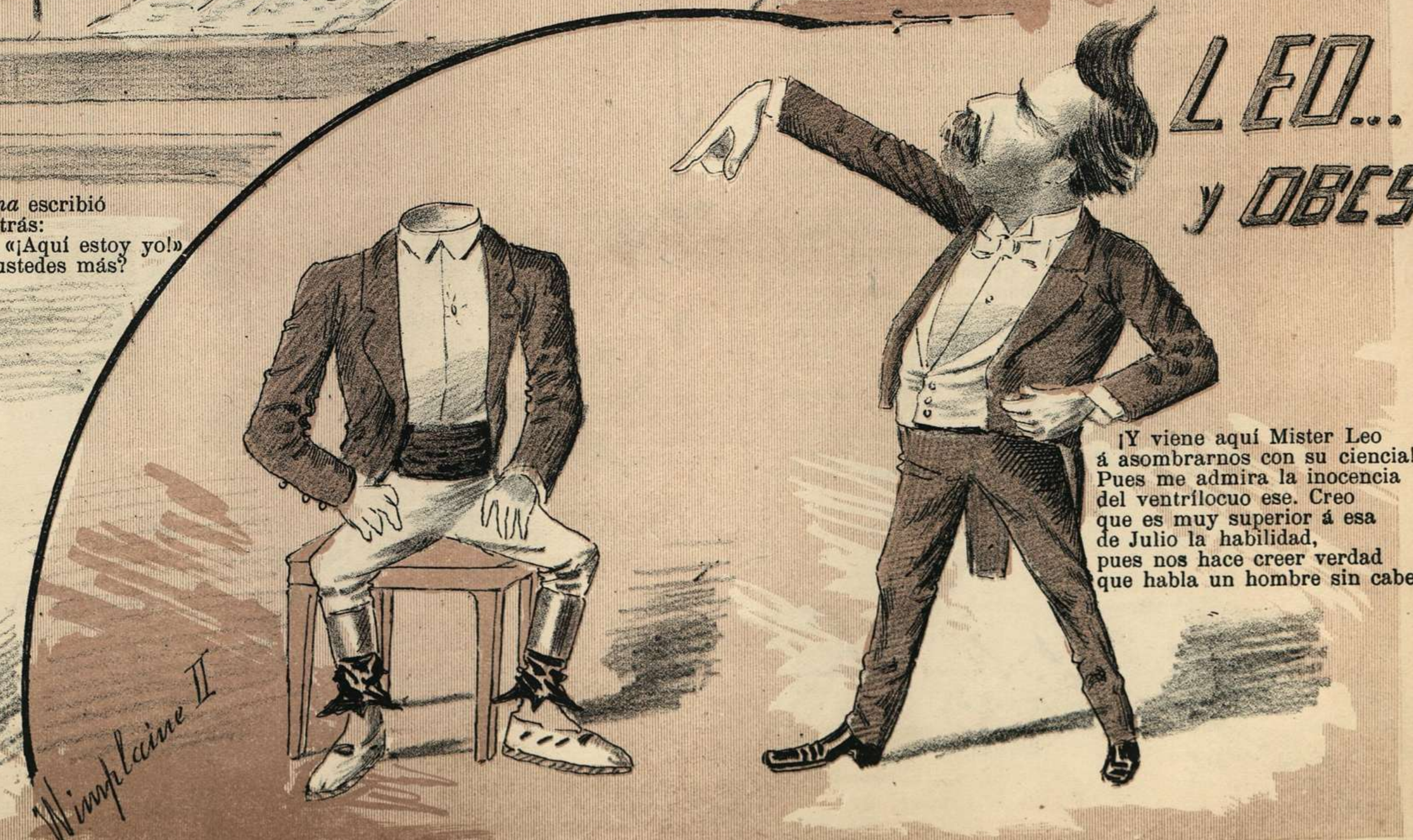
—Entrégate á éste; los dos serán... —¡Calla, calla, eso es. —¿Rehusas? —¡Ay, nó!... Después... —¡Sí!?? —Mas no sigas, por Dios! Lo cual el buen Julio oyendo dijo: ¡Inocente doncella! ¡Ya es mía! (Diablo de Abella, y qué pronto va aprendiendo).

¡ÉL!



En La Tribuna escribió su carta días atrás: dijo al mundo: «¡Aquí estoy yo!» y... ¿quieren ustedes más?

LEO... y OBCS



¡Y viene aquí Mister Leo á asombrarnos con su ciencia! Pues me admira la inocencia del ventrílocuo ese. Creo que es muy superior á esa de Julio la habilidad, pues nos hace creer verdad que habla un hombre sin cabeza!

Wimpelaine II

siempre bajos, vagando tímida la sombra bajo los párpados, tanto perfil golpeado por la luz, tanto fondo negro, dan cierta monotonía al conjunto, cierta uniformidad, que se llega á hacer de todas las caras una, confundido el ojo por la semejanza de posturas.

Pero aisladamente considerados, cumple declarar que Dolce, aún con su temperamento archi-artístico, tiene también sus obras maestras. CARAS Y CARETAS ha reproducido los retratos de Maria Celia Chucarro, Chichí Castellanos, Matilde Birabén, Laureana Usher, Elisa Lenguas y Carolina Salvañack, entre otros, que son preciosos ejemplares, verdaderamente artísticos.

Eso sí, á Dolce maldito si le importa que las gentes tengan en su individuo algo más que el busto. No se preocupa de aquellas lindas posiciones, de aquellos bonitos detalles secundarios, de composición, que hemos hecho notar en los trabajos de Fitz-Patrick. La cabeza, y, cuando más, los pliegues; estos son sus dominios.

Y como estudios de pliegues los tiene también muy buenos en sus infinitos retratos de busto á la romana. Esta fué una genial inspiración del artista! Una revolución en la indumentaria femenina, que ¡él, él sólo! consiguió hacer. ¡El traje romano! Ecco l'ideale (Ahora creo que ya le pasó.) Quest'era il gran sogno! Vedete—decía, iluminada la soñadora pupila por un destello de visión.—Figuratevi, io, io, vestito in costume di Nerone! ¿eh? La lira in questa mano, così, e Valtra in alto; l'inspirazione nella fronte!... L'occhio perso nel spazio... ¡Nerone-Dolce cantando l'incendio di Roma!

¡Y ya se le hacía cierto, y permanecía un momento en la posición indicada, alta la frente, dejando vagar la perdida mirada, vibrando en la mano trémula la lira.... ¡Magnífico!

Y así pasa Dolce, soñando en l'arte y leyendo política, en aquellas tres salas de recibo tan escrupulosamente limpias, tan estirados los blancos forros de las sillas, adornadas con retratos y más retratos, prolijamente arreglados en los grandes cuadros que fueron á Chicago; y en aquellos cuadros está toda una generación de bellezas, y al mirarlos se escapan al labio todos los nombres más repetidos en nuestros salones de alto tono.

El estudio, arriba, es claro, muy claro; así ha preparado l'artista aquellos golpes de luz de tanto efecto. Y Dolce tiene allí un complicado juego de cortinas de que está muy orgulloso.

—¿Ha visto?—dice con su aire absoluto, seguro de sí mismo y del efecto que ha de producir su aparato. Dos movimientos, cuatro cortinas que se recorren y corren á un tiempo, en diferentes sentidos, y toda la luz, intensidad, dirección, color, ha cambiado en el estudio, dejando, ora en la sombra, ora en la luz, la lira (¡la lira!), la media luna, los amores regordetes, las flores y demás accesorios que el busto romano desterró de sus tarjetas. Ahora Dolce mira todo aquello con cierto desdén benévolo... Debolezze... inspiraciones equivocadas...

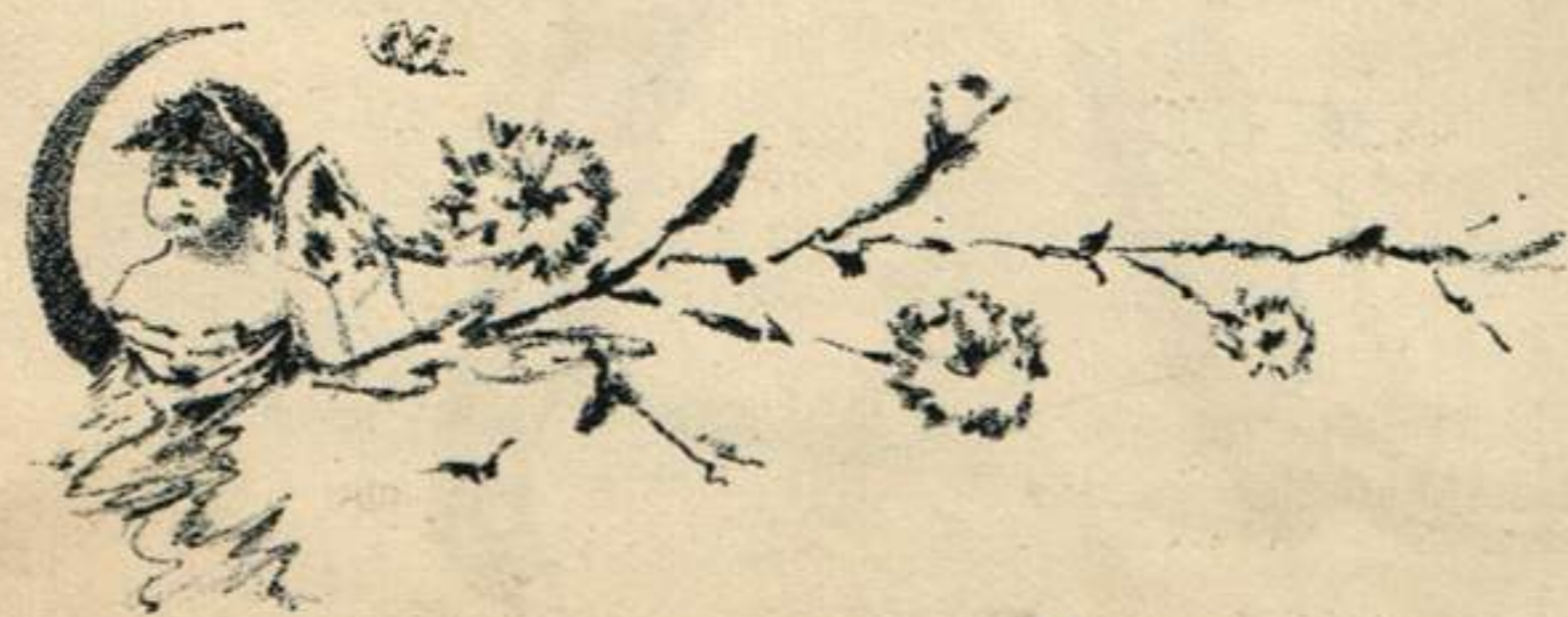
¡Y cuidado que es déspota Dolce en su estudio! El lo asegura también; allí tiene horquillas, peines, y hasta tijeras, lectoras! Allí l'artista manda hasta en el peinado. No hacer observaciones; lleno de la majestad, de la responsabilidad de sus solemnes funciones, ordena en esos momentos, sin apelación, solo dueño y solo rey, como un capitán de buque en el momento terrible del peligro.

Dos toques rápidos á la cabeza; una indicación muda, el dedo imperiosamente estendido, para la mirada: un golpe seguro, infalible, un solo golpe para enfocar: un «Quieto» mascullado con indiferencia. Dos pasos geniales hácia atrás. Un momento de indefinible solemnidad... «¡Pronto!» Y se da vuelta El artista ha dicho su última palabra. ¡Consummatum est! Todo se acabó. El artista ha consumado su obra. ¡El artista ha dicho! Luego una mirada de indiferencia, arqueadas las cejas, apretados los labios; será una obra maestra. Así es él.

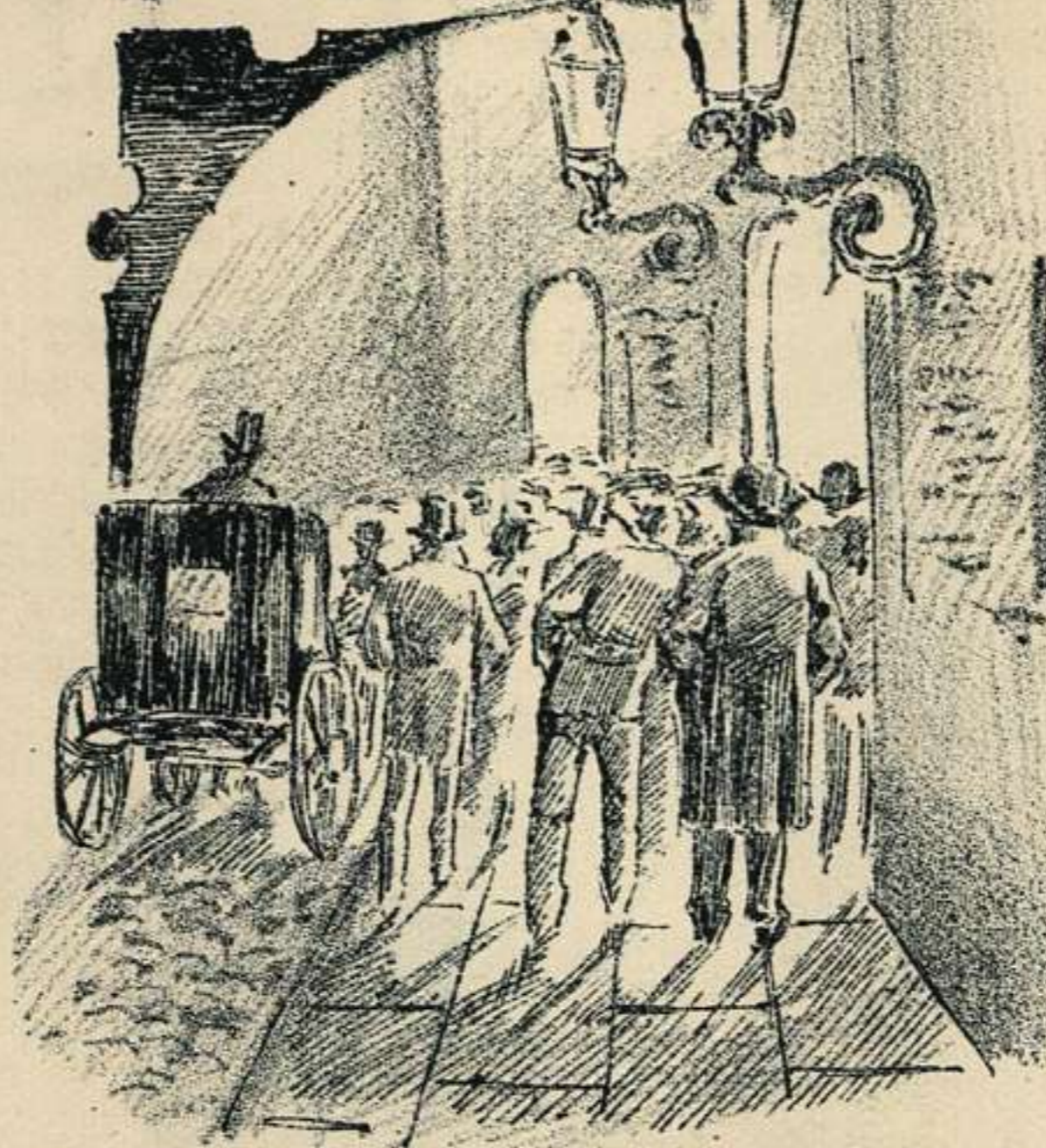
—¿Pero Dolce, saldrá bien?—¿No estaba un poco bajo el peinado?—¿No saldrá movido?

El oye todo aquello mascullando ciertas palabras de desdén. ¡Preguntarle á él esas cosas! ¿Pero no han visto que él, él lo ha hecho? Bah... queste donne!...

ALINA DORÉ.



TEATROS



Tal actividad ha manifestado en estos últimos días la temporada teatral, que estoy dispuesto á decir

La Tina di Lorenzo dió sus últimas funciones con *La Dama de las Camelias* y *Georgina*.

Se dudaba, hasta se temía, el resultado de la interpretación de la obra de Dumas. Por eso fué más apreciado el triunfo. La Tina, estuvo, en ciertos momentos de tal modo notable, que nos parecería injusto exponer con la más leve reticencia el elogio.

La escena final del segundo acto, todo el tercero, aquella ansiedad, aquella alegría loca, delirante, inmensa, que precede á la llegada de Armando, en el quinto, y la muerte, propia, original, pura realidad, fueron momentos magníficos.

Yo no sé... pero ¿pueden interpretarse mejor esas escenas? Si es así, confieso y declaro que interpretadas con más sentimiento, con más dolorosa expresión, con más verdad, conseguirían volverme loco, en el teatro. ¿Hacerme sentir más, más, de lo que sentí en aquellos momentos? Vamos; no me atrevería á probarlo.

Y con esto creo haber dicho todo.

Pasta, siempre correcto, contribuyó á hacer resaltar la bellísima escena la tan tierna del tercer acto. Bracci hizo un *Armando*, apenas aceptable, en ciertos momentos, y muy bueno en el diálogo apasionado y ardiente del cuarto acto, y en el momento de la muerte.

He leído que le criticaban su actitud en este instante final. A mí me hizo sentir, y lo aplaudí.

La señora Zucchini, dió extraordinario relieve á



hoy todo, porque todo es digno de interés, mal que pese al espacio y al regente. ¿Que puede salir larga la crónica?... Ustedes tendrán paciencia ¿eh?

su papel de alegre jamona, y el señor Podda hizo un tipo muy simpático del de Gaston.

¡Ah! vaya una crítica, porque no quiero dejar pa-

...sar los disparates. En la época en que pasa la escena, no se adornaban en París los salones con los ramos regalados á la Tina en Montevideo ¿eh? señor director de escena. Porque ni Tina, ni sus obsequiantes tienen nada que ver en la historia de Margarita Gauthier

Georgina, dada el domingo, como función de despedida, fué otro éxito, pues aquí sí he de hacer notar que todos estuvieron bien. La Tina hacía un papel de ingenua, ¿están ustedes? Y como más detalle, aunque no hace falta, estuvo admirable en la escena del piano. La Novelli muy acertada y expresiva, pero bastante. Pasta correcto (y disculpen ustedes si lo repito, pero el papel no daba para más.)

Tina di Lorenzo se va dejando aquí grandes simpatías, y grandes esperanzas. Que no lo olvide, y hasta la vuelta, hasta la pronta vuelta.

Andó y la Reiter obtuvieron un triunfo, un gran triunfo en Solís, el domingo. Nunca he sentido más el deseo de ser Sardou, para haber escrito FEDORA y para que me la representaran tales artistas.

Ambos son antiguos conocidos, pero Andó vuelve grande, y la Reiter... como Andó.

El relato de Loris mereció á éste una ovación, ¡fué tan bien recitado! Yo no quiero agregar nada, decir cómo, porque fuera inocente; pero hay que oírsele á él y aplaudir después. *Ecco tutto.*

Lo que si diré, que no me gusta, por convencional y socorrida, aquella transición brusca, golpeada casi, el tono violento al indiferente, para lograr un viejo efecto de contraste, al final del parlamento. Eso no es digno de Andó. En cambio aquella escena del llanto, al recibir lo horrible noticia, aquellos *mamma mamma!* del hombre niño ante el dolor y el recuerdo, no se me olvidarán jamás.

La Reiter fué aplaudida con pasión, y bien se lo mereció. Todos los detalles del papel de protagonista, excepto algunos pocos á que Sarah y la Duse nos acostumbraron, todas las transiciones del alma combatida siempre, ora por el dolor, la ira, la venganza, el amor, el arrepentimiento, fueron tan artísticamente manifestados, con tal relieve y lujo de observación, que el público dominado aplaudió como aplaude pocas veces.

Agregaremos que el resto de la compañía no desmerece de sus directores Todos correctos, apropiados, distinguidos; tiene un Carini que es lo que se llama un excelente primer actor. Recita con preciosa naturalidad y siente como... como su maestro; ni más ni menos. La señora Leighb es también una artista de mérito, como no vienen siem-



pre de primeras damas en las otras compañías dramáticas.

Con *Las sorpresas del divorcio*, la chispeante comedia francesa, se estrenó el Martes el ya famoso Leig-

gheb, del cual decían dos mirando el retrato, ese que anda por todas partes.

—Debe ser un actor muy bueno.
—¡Hombre! Por lo pronto no puede negarse que es un actor de gran cabeza.

«Las sorpresas del divorcio» no es pieza que dé ocasión para juzgar una artista. Demoraremos, pues, nuestro juicio sobre Leighb hasta otra.

**

En San Felipe, siempre alegre, ha tenido lugar el Viernes el beneficio de Carmen Pastor, la graciosa tiple, de que damos hoy á ustedes el retrato. Las simpatías que su corrección, su hermosa voz y buena presencia le han conquistado, hicieron que su beneficio fuera una continua caricia del público. Lo digo porque los aplausos, más que entusiastas fueron afectuosos. Y *El duo de la Africana*, *Los Africanistas*, etc., etc., le dieron otras tantas ocasiones de lucimiento, que, por cierto aprovechó.

RF-BEMOL.



ENTRE DOS FUERZAS

NOVELA

POR

ARTURO A. GIMÉNEZ

VI

(Continuación)

Y como Mario, distraído, pensando si aquel repetir tantas veces lo mismo sería fastidioso o divertido, no le decía que realmente era bella, ni que tal enclaustramiento debió desesperar á todo el ejército y el foro, ella seguía contándole cómo, pasado el luto, se vió perseguida por aquel escribano muy rico, que, á pesar de sufrir la tercera edición de su viudez, quería contraer nuevamente matrimonio; y luego por el general Varga, que no la dejaba ni á sol ni á sombra, y después por tantos otros que ella desdeñó, porque, es claro, una señora viuda... parece feo que atienda cortejos...

Entonces intervenía Argentina. Con aire mimoso, semi ruborizada le decía al oído:

—Mamá... ¿dejanos solos un ratito? Pronto se va á ir, y...

Ella, riendo con ganas, le daba una palmada en la fresca mejilla, y después de acercarse á la mesa para hacer que arreglara un pastito de los floreros ó mudar de sitio un retrato, salía tarareando, con su paso saltón de muchachona alocada.

Eso era lo que Mario había deseado siempre; las horas de amor en completa libertad, solos, lejos de la persistente é importuna presencia de la inflexible acompañante, libre de acariciar á la mujer sin verse obligado á reprimir sus movimientos en los instantes de pasión.

Y gozaba de estas horas como quien ve que no han de durar siempre, ansioso de probar la sensación antes de que los zig-zags del destino le apartasen de allí.

Todo lo que antes le fastidiara, todos aquellos detalles poco aristocráticos, le parecían ahora curiosos, interesantes, divertidos. Se dejaba llevar, abandonándose como adormecido á la corriente suave de aquel amorío, satisfecho de tener la mente ocupada por una mujer suya; miraba con cierta benevolencia burlona á Daniel, que, tímido, receloso, no se había atrevido aún á lo que él se atreviera; y murmuraba un «¡Pobre!» compasivo cuando le veía confuso y débil junto á Orfilia.

Una tarde, el oír que con el tono receloso é inseguro del enamorado novicio le decía: «Usted por lo visto, solo encuentra cosas buenas en Buenos Aires; debe haber sido muy feliz allá», tuvo un buen rato de hilaridad.

—¡Claro!—Por eso era el enojo repentino aquel, de la otra tarde, —decía— cuando quise que me acompañara! Había estado hablando Orfilia de Buenos Aires y... ¡celoso!... ¡Pobre, pobre!

Solo descendía de lo que él se empeñaba en hacer un ensueño feliz, cuando Cora con cierto tonito zumbón le preguntaba:

—¿Y Delia? ¿Ya no hay nada con ella?...

Aquel había sido un obstáculo aún no vencido y esto era un recuerdo mortificante para su amor propio.

El tiempo había pasado, menguando la intensidad de su deseo. ¡Delia! Un capricho que pasó! Y se empeñaba, repitiéndose esto, en convencerse de ello, algo avergonzado de que le hubiera hecho sentir tantas inquietudes, ansiedades y desazones, que ahora, miradas de lejos, le parecían ridículas, después de visto lo fácil que habría sido evitarlas definiendo una situación que su cortedad tan solo había exagerado hasta lo risible.

Y lo peor era que, cuando por casualidad la encontraba por la calle, ó al pasar por delante de su casa, á donde un inquieto deseo le llevaba de tiempo en tiempo, se ponía, como antes, ora pálido ora rojo, experimentando aquella ruda sensación, casi olvidada ya, que le estremecía, al recorrer vibrante todo un cuerpo; después, aflojados sus nervios que la presencia de Delia pusiera en extrema tensión, le invadía cierta flojedad de desaliento, y, con la intuición de que aquello no había concluido aún, quedaba pensativo. Cuando volvió el verano, con sus mañanas tibias y sus grandes crepúsculos rojos, recordó también, amenudo, aquellas tardes de la playa; Delia y él juntos en el trenvia lleno de vestidos claros, dejando tras sí como estela sonora el aleteo de las frescas voces femeninas; y la temperatura, los hermosos días de sol ó las auras del mar, le traían á la mente el recuerdo de la joven, llenándole de dulce melancolía aquella evocación de escenas ocurridas un año antes.

Entonces, lleno de indolencia aun ante el deseo reavivado, recurría á Argentina, ansioso de marearse con sensaciones, encontrándola encantadora, enamorada de él, dominada por completo, y olvidando á doña Armada y sus pretendientes, y aquella alma ligera, tan refractaria á la pasión profunda y consciente que encerraba en su lindo cuerpo Argentina; se daba por contento con que le hiciese sentir el amor á su modo, sin éxtasis, sin vibraciones del corazón, ligero, superficial como ella lo sentía, entregándose á sus caricias con su aire rendido de esclava sumisa, que le encantaba.

Le parecía adorable verla así hablar sólo para él, con la ingenuidad picareza que tan mal manifestaba su carácter alocado y vivaz, contándole los secretillos del barrio, de las Mestres...

¡Oh, las Mestres! Cada vez que veían la negra vieja pasar golpeando la calle con sus chancletas, indiferente, casi insolente en su despreocupación fastidiada, marchando siempre con aquel canalesco sube y baja de las caderas al quebrar el cuerpo blanduzco, que la hacían parecer desgonzada, se miraban los dos y soltaban la risa, la risa joven y espontánea de los buenos momentos.

Luego, las caras juntas, sonriendo llenos de malicia, la veían, siempre con las manos en el vientre, levantando por delante el vestido para ocultar un vaso, entrar en el almacén de la esquina, y volvían á reirse.

Argentina le había contado todo. La negra salía á recorrer los almacenes, pidiendo en cada uno, como muestra, un poco de vino *garnache*, muestras que, reunidas, habían de convertirse más tarde en aquel *vinito especial para las amigas*, con que las Mestres obsequiaban en las noches de reunión, á las más preferidas.

Las pobres mujeres padecían una verdadera neurósisis de fiestas, de tertulias íntimas. El deseo de que alguna noche el cielo les enviase un marido en la persona de algún concurrente las hacía incansables. Por otra parte, sus recibos, como ellas decían ya célebres en el barrio, habían concluido por constituir su orgullo.

Así, cuando Mario, que no se avenía, que no podía doblegar sus preocupaciones de educación aristocrática, fina, susceptible; que no podía amoldarse á aquella sociedad que él creía la suma y extremo de lo cursi, pidió á Argentina que no volviese á los recibos, deseoso de evitar también aquella ingerencia de todos en su amorío, aquella atención insistente que despertaba,—las Mestres lo tomaron como una ofensa cruel.

—¡El orgulloso!—decían á Federico que de cuando en cuando asistía, cumpliendo con toda exactitud sus viejas prácticas de estricta cortesía para con todos.—¡El orgulloso! ¿Será cuando menos, más que todos los mozos que vienen á los recibos! ¡Zonzo! Para la falta que hazel

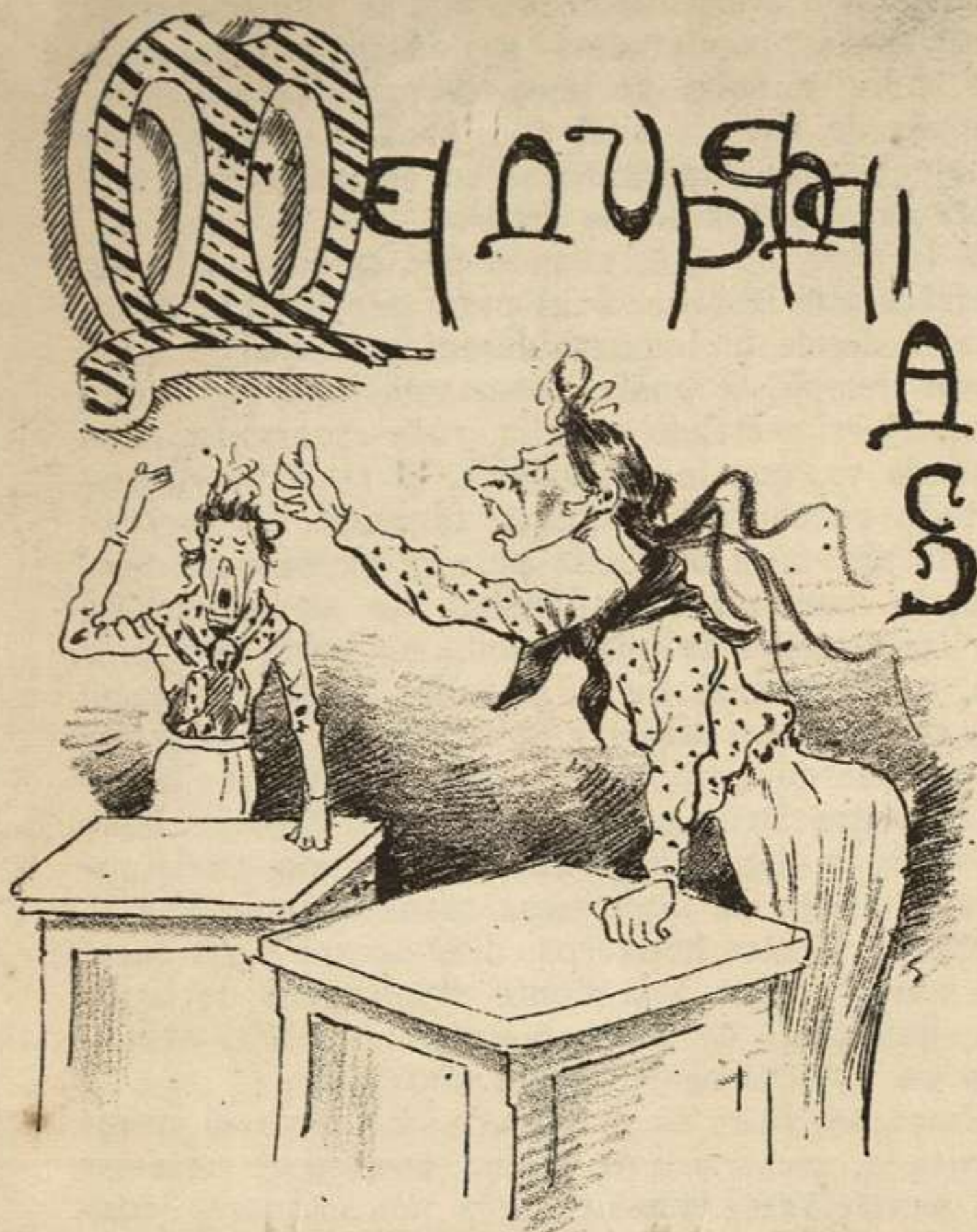
Argentina también se resistió algo.

—Pero si son, de muy buena familia, tú lo sabes. Y todos dicen que es buena gente, que se divierte sin...

—Bueno—respondía él con tono fastidiado,—pero no me gustan esas fiestas. Yo sé que son excelentes personas á pesar de los recibos, pero, yo no sirvo para eso ¡qué diablos! Allí hace uno de figura decorativa, y todos lo tienen como... ¡En fin, no me gusta servir para la curiosidad de cuantos van allí!

Y era cierto; cuando se encontraba en su casa, en el seno de otra sociedad tan distinta, mirando de lejos aquello, le disgustaba.

(Continuará).



Durante el último temporal naufragó en la Dársena de Buenos Aires la barca *Feliz Patagonia* cuyo casco ha habido necesidad de hacer volar ahora. Hundida, echada á volar deshecha... no es poca cosa. Y esa es la felicidad de la *Feliz Patagonia*?

De *La Prensa*:
«Ayer en el Palacio de Gobierno el movimiento fué completamente nulo.
«El señor Presidente de la República se retiró más temprano que de costumbre por hallarse algo indispuerto en lo que inmediatamente fué imitado por los demás jefes de oficina.»
¿En lo de hallarse indispuerto?
Es el colmo de la imitación!
Si por desgracia llegase á morir, me figuro cómo quedaría esa Casa de Gobierno, dado que siguieran imitando S. E.
Iba á ser aquello una sucursal del Buceo.

El doctor don Angel Floro Costa, en su carta programa publicada en *La Tribuna Popular*, se califica á sí mismo de ave de alto vuelo, de buho clarovidente, ú oscurovidente más bien dicho, y otras cosas más

Ave por dentro y por fuera... á fe que tendrá que ver la redacción. ¡Si va á ser aquello una pajarera!

—Se ha robado usted un melón.
—Sí, señor comisario... Es decir, lo tomé y lo llevé á casa, porque como no sabía el precio...
—Lo hubiera usted preguntado á la dueña.
—Ah, señor; soy tan tímido con las mujeres!...

A la madre de Consuelo que es sobrina de un abuelo del cochero de un marqués, la ha salvado una sangría que le han hecho el otro día entre dos y media y tres.

En *La Prensa* un señor X. X. denuncia al doctor Brian como director latente de un semanario de caricaturas.

¡Demonio! Si siguen saliéndonos tales colegas, va á mirarnos la gente á todos los periodistas como un sarampión peligroso.

¡Diablo de hombre! Que en todo se ha de meter. Cualquier día resulta que es obispo á escondidas!

Aunque sé cuánto me quieres como eres bizca de un ojo, siempre que me miras creo que estás *dragoneando* á otro!

Correspondencia Particular

Este.—Montevideo.—Nada más que *Este*. Es una lástima, porque mejor fuera que se firmara usted *Norte*, que quizá así no apareciera con el *idem* perdido.

P. Iglesia.—Montevideo.—No firme usted *Iglesia* cuando vaya á cometer semejantes herejías,

hombre! Porque la verdad es que de tales *Iglesias* nadie querrá ser Obispo, ni con casa gratis.

E. Ládico.—Montevideo.—

Su númen poético tan lúgubre y tético me asusta por Dios. Es *desparatádico*, parece, usted *Ládico* un bárbaro... ó dos!

Orlando el chico.—Pando.—

He leído sus versos, Orlando!

¡Hasta cuándo, hasta cuándo, hasta cuándo!!

J. F. P.—Florida.—Si no le viene á usted un sarampión después de lo que ha escrito, es porque no hay justicia... ó no hay sarampiones en el mundo.

J. S.—Montevideo.—¡Si viera usted los deseos que me acometen de mandarles dos reales! Cuando encuentro uno que no me envía disparates manuscritos, me acometen siempre los mismos deseos... y el convencimiento de que no tengo los dos reales. Irán, irán. (Los versos ¿eh?).

El nene.—Montevideo.—

Si tuviera yo espacio, y pudiera insertarlos, ó al buen público darlos poco, á poco, despacio, le aseguro que haría cuanto en mí, en mí estuviera y..... y no los publicaría. ¡De veras!

LA RAZON

Imprenta y Litografía
CALLE CERRO N° 57
MONTEVIDEO.

En este acreditado Establecimiento se ejecutan con rapidez y esmero todo género de trabajos de litografía y tipografía, como ser: Facturas, Cargetas, Rotulos, Circulares, Acciones, Confirmez, Memorandums, Planos, Diplomas, Muestras etc. etc.

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE CROMO
Periódicos, Folletos, Impresiones de lujo, Trabajos para el Comercio y Administraciones Públicas

AL POLO BAMBA

CASA ESPECIAL EN CAFÉ

CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.

EL ANTICUARIO

Venda, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

Calle 18 de Julio, 184

FOTOGRAFIA INGLESA

DE J. FITZ PATRICK

Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

E. STUDIO FOTOGRAFICO

DE **DOLCE** Hnos

Calle Sarandí, 359

Retratos modernos de busto á la romana.

Á Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.

A. CALLEGARIS

ESTUDIO FOTOGRAFICO

Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfía las más distinguidas gentes.